

MOZART

LA HISTORIA

DEL NIÑO QUE ASOMBRO AL MUNDO



La risueña Salzburgo, ciudad donde nació Mozart el 27 de enero de 1756.



Por EDUARDO LIRA ESPEJO

MANEJABA la pluma de ave con manifiesta torpeza. Era demasiado pequeño. Cuatro años inexpertos, a su haber. La tinta salpica las páginas donde dibuja notas. Con las manos limpia los borrones. El juego con categoría de trabajo, en la mente infantil, se acentúa como preocupación esencial. Nada importaban las manchas de tinta en el papel, las manos o el traje. Escribir y a la misma rapidez con que las ideas, fluían.

Su padre, el violinista Leopoldo, le contempla en éxtasis de cariño. Miradas cruzadas con el trompetista Schachtner, indicaban benevolencia con las pretensiones del muchachito. Decía que era compositor y su propia música, la audición interior, anota en ese momento.

—“Es un Concierto para clave y pronto he de terminar. Cuando haya concluido te lo dejaré Papá, para que puedas juzgarlo”.

Palabras excesivas en seriedad en un crío de cuatro años. El padre Leopoldo, no pudo resistir. Arrebató los papeles de manos de su hijo. Los signos, al ser examinados por él en compañía de su amigo el trompetista Schachtner, produjeron admiración.

—“El niño, exclama Schachtner, no sólo ha escrito un Concierto, sino un Concierto de tal dificultad que nadie



Por EDUARDO LIRA ESPEJO

MANEJABA la pluma de ave con manifiesta torpeza. Era demasiado pequeño. Cuatro años inexpertos, a su haber. La tinta salpica las páginas donde dibuja notas. Con las manos limpia los borrones. El juego con categoría de trabajo, en la mente infantil, se acentúa como preocupación esencial. Nada importaban las manchas de tinta en el papel, las manos o el traje. Escribir y a la misma rapidez con que las ideas, fluían.

Su padre, el violinista Leopoldo, le contempla en extásis de cariño. Miradas cruzadas con el trompetista Schachtner, indicaban benevolencia con las pretensiones del muchachito. Decía que era compositor y su propia música, la audición interior, anota en ese momento.

—“Es un Concierto para clave y pronto he de terminar. Cuando haya concluido te lo dejaré Papá, para que puedas juzgarlo”.

Palabras excesivas en seriedad en un crío de cuatro años. El padre Leopoldo, no pudo resistir. Arrebató los papeles de manos de su hijo. Los signos, al ser examinados por él en compañía de su amigo el trompetista Schachtner, produjeron admiración.

—“El niño, exclama Schachtner, no sólo ha escrito un Concierto, sino un Concierto de tal dificultad que nadie sería capaz de tocarlo”.

Estaba concebido con exacto sentido del equilibrio de la forma. Espontaneidad de melodías. Delicadas, igual que las relaciones armónicas. En el aspecto instrumental, expresado para que la experiencia de un verdadero instrumentista, esto es un virtuoso, pudiera traducirlo.

Schachtner, trompetista de Salzburgo, con videncia de músico, profetizó la capacidad intrínseca del talento. Leopoldo, músico también, con intuición de artista y padre conjuntamente, sintió en la sangre del hijo, riachuelo de su propia sangre, el estremecer del hábito divino del genio. Dos hombres músicos permanecían allí, con ojos húmedos de lágrimas. El poder creador de un niño les aterra. Era luz anunciadora de buena nueva. Un genio, recorrería el mundo, con presencia de eternidad. Allí le veían, con su mensaje inigualable. Circundado por el destello azul, de astro inesperado. Pero, el niño sonreía con infantil encanto. Con esa bondad deliciosa, que sólo pudo residir en el espíritu, pleno de gracia de Wolfgang Amadeo Mozart.

Continúa



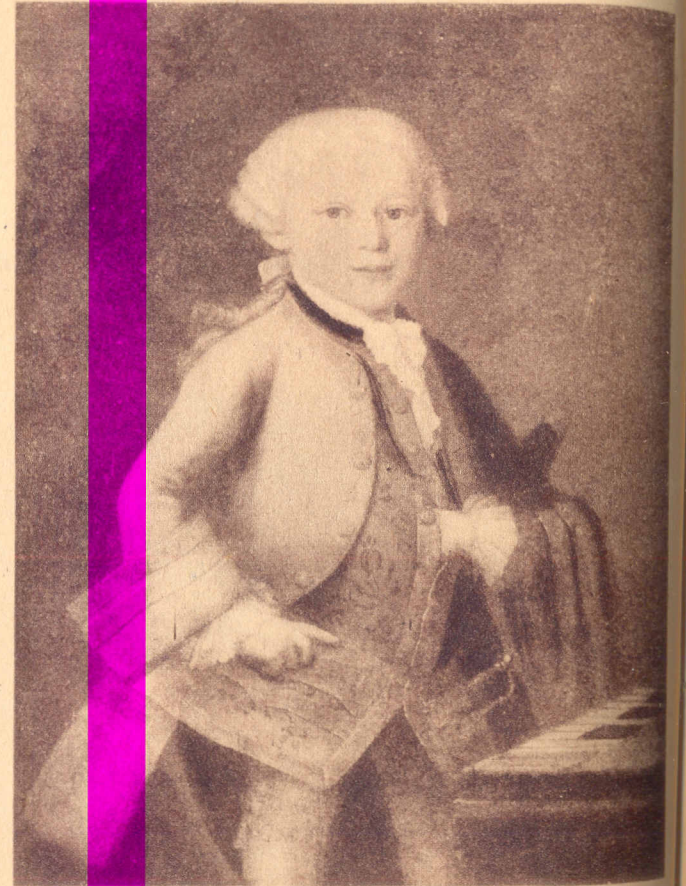
MOZART... (Continuación)

LA TERNURA DEL HOGAR SIEMPRE RECORDADA

La casa de Mozart, en la apacible ciudad de Salzburgo, era modesta. Es en la actualidad, el Mozart Museum. El músico siempre, en la ausencia y en las cartas, la ha de recordar, añorando la tibieza hogareña. Cuatro pisos y un amplio patio central. En las habitaciones, estufas de azulejos de porcelana, destacan una nota de elegancia. A la vez, calor confortable en el frío invierno. Vida tranquila, como la de cualquiera familia europea de ese entonces. Así la evoca Wolfgang Amadeo. Por supuesto, que no olvida el perro y el cantar cristalino del canario. El clave negro, de sus primeras incursiones. Y la mesa de escritorio, para garabatear papeles y papeles con pequeños puntos de escritura musical. Su hermanita Nannerl, de siete años, comenzaba a familiarizarse con el clave.

Su padre Leopoldo era su maestro. Wolfgang Amadeo sólo de tres años, quiere también iniciarse en la música, aún cuando sea como simple espectador. Leopoldo estuvo obligado a enseñarle al fin. Contaba entonces casi cuatro años de edad. El progreso, notable. Había que arrancarle con autoridad, del instrumento. Las horas del día se le hacían cortas para él practicar. Si la capacidad de trabajo, el amor a su arte, sorprendía, más asombro causaba su poder de asimilar y vencer las más difíciles disciplinas. Los instrumentistas que un día se reunieron en su casa para tocar cuartetos de cuerdas, tuvieron que ceder ante la insistencia del niño de cuatro años y permitirle ejecutar la parte del segundo violín. La admiración se hizo intensa cuando después el muchacho abordó el más complicado papel del primer violín. Papá Leopoldo, no se había preocupado de enseñarle este instrumento. Ante esta innata facilidad, se dedicó a perfeccionarla. Mozart llegó a ser un gran instrumentista. Los conciertos para violín que compuso, por su escritura, revelan el alto grado de virtuoso alcanzado por él.

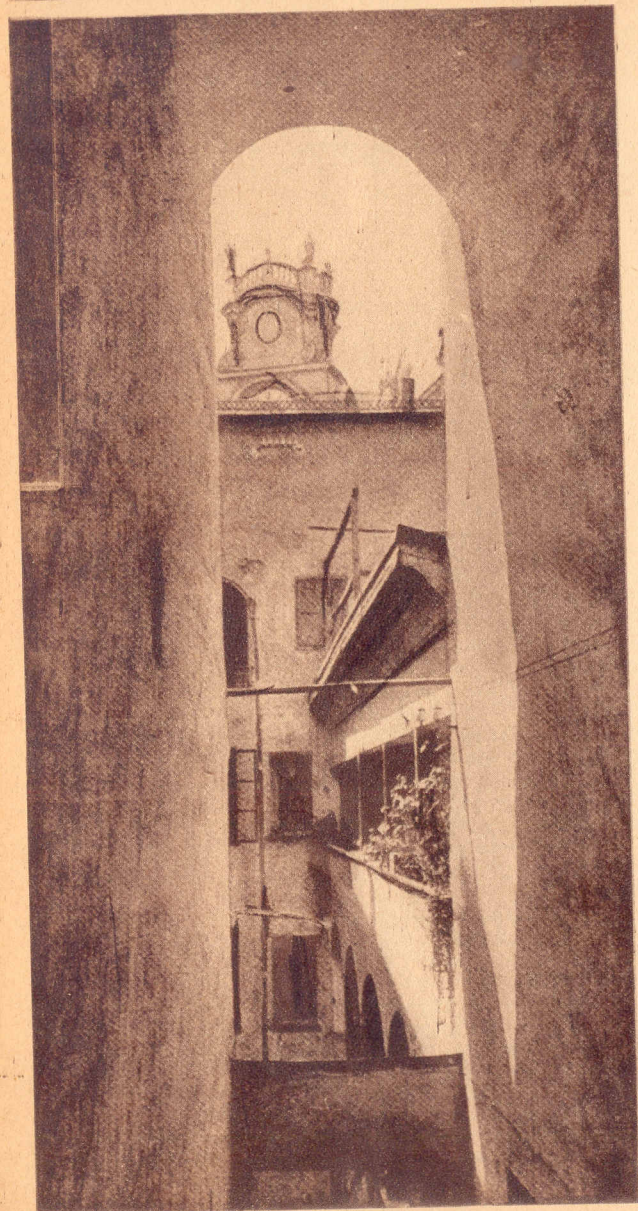
El calendario marcaba el año 1761. Año significativo en la vida de Mozart. Por primera vez se presenta en público.



Mozart, a los seis años.

padre. Sus pequeños, apenas salidos de sus entrañas, lanzados por los caminos del mundo. Sollozaba, mientras sacudía los adorados trajecitos. Por los caminos del mundo, repetía su mente confusa. Y los caminos europeos de ese entonces, pésimos. Se viajaba en diligencias, pero Leopoldo esta vez, para mantener categoría, alquiló un coche, como lo hacían los grandes señores. Siempre, pensaba la dolorida mujer, estarán expuestos a la maldad de los "hombres. A los frecuentes y despiadados salteadores. A los albergues donde es indispensable pernoctar. Camas sucias, plagas de moscas en el día y bichos inmundos en la noche. Sus de-

rior del coche, amarrados con correas, el clave, violines, grandes baúles con música, ropa y accesorios. Leopoldo logró conseguir un préstamo para financiar la empresa. Linz, primer punto del itinerario. Gran éxito en los conciertos. Resultado económico, pésimo. Wiena, constituía acariciada ilusión. Allí la emperatriz María Teresa de Austria, madre de dieciséis hijos, comprendería a los dos prodigios. Papá Mozart, quien era hábil en sus gestiones diplomáticas, obtuvo ser invitado a Palacio. Wolfgang Amadeo se comportó con aristocrática naturalidad. La familia real, le trató con afecto y distinción. En el elegante salón, Francisca



La modesta casa de la familia Mozart.

Por supuesto, que no se limitó a cantar y el cantar! cristiano del canaño. El clave negro, de sus primeras incursiones. Y la mesa de escritorio, para garabatear papeles y papeles con pequeños puntos de escritura musical. Su hermanita Nannerl, de siete años, comenzaba a familiarizarse con el clave. Su padre Leopoldo era su maestro. Wolfgang Amadeo sólo de tres años, quiere también iniciarse en la música, aún cuando sea como simple espectador. Leopoldo estuvo obligado a enseñarle al fin. Contaba entonces casi cuatro años de edad. El progreso, notable. Había que arrancarle con autoridad, del instrumento. Las horas del día se le hacían cortas para él practicar. Si la capacidad de trabajo, el amor a su arte, sorprendía, más asombro causaba su poder de asimilar y vencer las más difíciles disciplinas. Los instrumentistas que un día se reunieron en su casa para tocar cuartetos de cuerdas, tuvieron que ceder ante la insistencia del niño de cuatro años y permitirle ejecutar la parte del segundo violín. La admiración se hizo intensa cuando después el muchacho abordó el más complicado papel del primer violín. Papá Leopoldo, no se había preocupado de enseñarle este instrumento. Ante esta innata facilidad, se dedicó a perfeccionarla. Mozart llegó a ser un gran instrumentista. Los conciertos para violín que compuso, por su escritura, revelan el alto grado de virtuoso alcanzado por él.

El calendario marcaba el año 1761. Año significativo en la vida de Mozart. Por primera vez se presenta en público. Actúa como corista en una representación sin trascendencia. Importante es, sin embargo, que el cuidadoso Leopoldo anote en el cuaderno de música de su hijo, sus primeras composiciones. Melodías sencillas, propias de mentalidad infantil. Distinción, equilibrio en la estructura, y fluidez expresiva, subrayan desde este momento, el sello incomparable del temperamento de Mozart. Pequeñas y simples obras. Mejores, no las habrían escrito músicos avezados en el oficio. Candorosas en su decir. Pero tocadas con el golpe supremo del genio.

POR LOS CAMINOS DEL MUNDO

Papá Leopoldo lo había decidido. Es su primer viaje constituía la inicial de un meditado y ambicioso plan. El Maestro de Capilla, título de Peopoldo Mozart, deseaba impresionar a Salzburgo y su arzobispo Segismundo. Para tal efecto eligió Munich, donde residía el Elector de Baviera. El triunfo de sus hijos en la capital se reflejaría en su haber de Salzburgo. Mamá Mozart, en lo íntimo protestaba de la decisión del



Mozart, a los seis años.

padre. Sus pequeños, apenas salidos de sus entrañas, lanzados por los caminos del mundo. Sollozaba, mientras sacudía los adorados trajecitos, su mente confusa. Y los caminos europeos de ese entonces, pésimos. Se viajaba en diligencias, pero Leopoldo, esta vez, para mantener categoría, alquiló un coche, como lo hacían los grandes señores. Siempre, pensaba la dolorida mujer, estarán expuestos a la maldad de los "hombres. A los frecuentes y despiadados salteadores. A los albergues donde es indispensable pernoctar. Camas sucias, plagas de moscas en el día y bichos inmundos en la noche. Sus delicados niños, señados en mesa de hospedería. Ambiente de gentes ebrias, de palabras soeces en el hablar. Desconsolador cuadro, se trazaba en su mente, esta madre que pronto vio partir a sus hijos. Y si ellos se enfermaran... mejor no pensarlos.

Con solícito cuidado preparó el equipaje. Alimentos, bebidas y tantos indispensables detalles. Repitió con minuciosidad los consejos a su hija Nannerl. Ella, encargada de proteger y atender como madre, a su hermano Wolfgang Amadeo de siete años. Besó con efusión a uno y otro de los viajeros. Las lágrimas refrescaban sus encendidas mejillas. El coche partió. Todavía las manitas de sus hijos limpiaban el vidrio para poder verla. La nieve implacable se extendía en la ciudad como la tristeza en su corazón.

ENTRE PRINCESAS Y NOBLES

La primera experiencia de viaje contribuyó a ampliar los planes de Leopoldo. Pero en la presente oportunidad, Mamá Mozart les acompañó. El equipaje era abundante. En la parte supe-

rior del coche, amarrados con correas, el clave, violines, grandes baúles con música, ropa y accesorios. Leopoldo logró conseguir un préstamo para financiar la empresa. Linz, primer punto del itinerario. Gran éxito en los conciertos. Resultado económico, pésimo. Viena, constituía acariciada ilusión. Allí la emperatriz María Teresa de Austria, madre de dieciséis hijos, comprendería a los dos prodigios. Papá Mozart, quien era hábil en sus gestiones diplomáticas, obtuvo ser invitado a Palacio. Wolfgang Amadeo se comportó con aristocrática naturalidad. La familia real, le trató con afecto y distinción. En el elegante salón, Francisco I, María Teresa y miembros de la realeza. Los niños tocaron en ambiente de cordialidad, sin protocolo, durante tres horas. Conquistaron alborozado éxito. También, afecto de nobles señores. Por cuatro semanas visitaban con familiaridad Palacio. Se les hacía objeto de mimos y deferencias. Jugaban con los pequeños príncipes. María Teresa les regaló a cada uno de los dos hermanos, un hermoso y costoso traje, Wolfgang Amadeo, tan pronto tocaba el clave como se entretenía en jugar con sus reales compañeros. Un día resbaló y cayó. Una bellísima muchacha vino en su ayuda.

—“Eres buena y cuando sea mayor me casaré contigo”, la dijo el pequeño. La princesita se llamaba María Antonieta, después Reina de Francia.

De Viena pasaron a Hungría. Luego a Salzburgo. Descuidaba Leopoldo sus obligaciones de Kapellmeister. El arzobispo se hacía con el padre Mozart, menos tolerante; suprimiéndole franquicias económicas. Pero a este hombre tenaz, le interesaba por encima de todo, la carrera de su hijo. Quería imponerle al mundo, hasta en detrimento de



El pequeño Wolfgang Amadeo, tocando ante la nobleza inglesa.



Marianne Mozart, la hermanita del Genio.

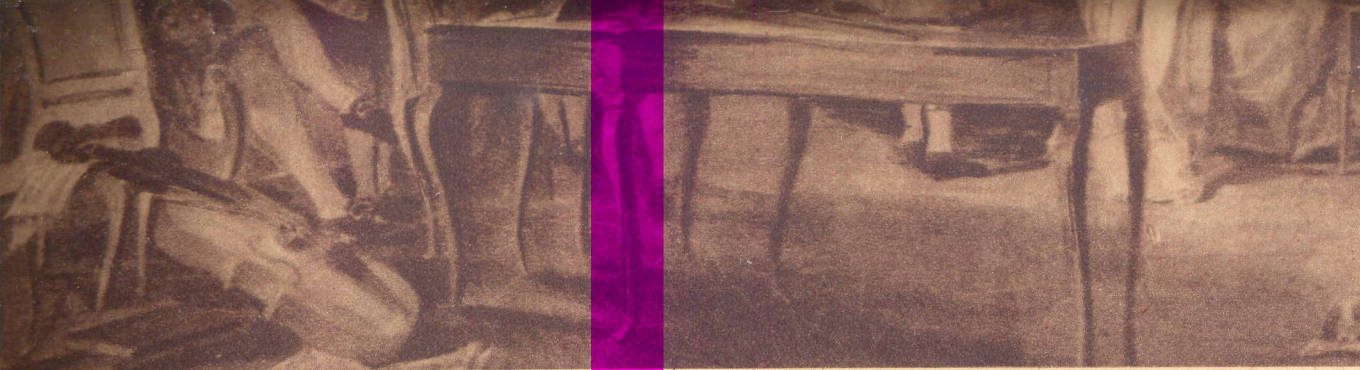
la salud del pequeño. Una nueva gira, es proyectada. Se realiza seis meses después. La ambición: París. En el trayecto, visitar algunas cortes. Los lugares de veraneo de los nobles. En París, el boato de Luis XV los admiró. Tocaron para la familia real ante y ante la Pompadour, quien no quiso acceder a dejarse besar por el niño. "¿Quién es esta que no quiere besarme? La emperatriz me besaba", exclama el muchachito en protesta. Ofrece varios conciertos le agasajan. Resultados económicos. Los músicos del medio francés le tributan elogios incondicionales. Pero luego...

tacto y conocimientos de música, fueron los mejores guías en la formación del talento. No se excedió en exigirle estudios. Todo lo contrario. Jamás hizo odioso el aprendizaje. Mas, severo se mantuvo en la disciplina requerida por el arte. No halagó a su hijo con hiperbole desmedida. Procuraba hablarle de música, siempre que se refiriera a la de otros, no a la compuesta por Wolfgang Amadeo. Poseía innata penetración psicológica. Conclusiones y prácticas en este aspecto, ignoradas en su época.

Para hacer triunfar a su hijo, no

que aún no tiene 7 años, tocará el clave o el clavecimbolo. Tocaré también un concierto para violín y acompañaré sinfonías en el clave con el teclado cubierto por un paño, con mayor facilidad que si viera las teclas; diré instantáneamente el nombre de las notas de las teclas tocadas a distancia, sean notas sencillas, sean acordes, en el clave o en cualquier otro instrumento, cristal, campana o reloj. Finalmente improvisaré en el clave o en el órgano por el tiempo que se quiera y en el tono que se le pida..." Así reza un programa de la época. Pero pronto





El pequeño Wolfgang Amadeo, tocando ante la nobleza inglesa.



Marianne Mozart, la hermanita del Genio.

la salud del pequeño. Una nueva jira, es proyectada. Se realiza seis meses después. La ambición: París. En el trayecto, visitar algunas cortes. Los lugares de verano de los nobles.

En París, el boato de Luis XV los admiró. Tocaron para la familia reinante y ante la Pompadour, quien no quiso acceder a dejarse besar por el niño. "¿Quién es esta que no quiere besarme? La emperatriz me besaba", exclama el muchachito en protesta. Como siempre los cortesanos le agasajan. Ofrece varios conciertos con regulares resultados económicos. Los músicos del medio francés le tributan elogios incondicionales. Pero luego abandonaron París buscando la corte de St. James en Londres, en 1764. Jorge III y Carlota de Inglaterra recibieron con benevolencia a la familia Mozart. Leopoldo se sentía feliz en Londres. Nada hacía creer que iba siquiera a pensar abandonarlo. Pasó allí más de un año. El hábito del viajar arraigado, comenzó a inquietarle. Londres y las costumbres inglesas empezaron a ser criticadas acremente. Parte un día para Holanda. Luego retorna a París. Enseguida, Suiza. Por último Salzburgo. Su hija Nanerl adquiría los impostergables caracteres de la adolescencia. Wolfgang Amadeo, un muchachito de más de doce años de edad. Salzburgo los reintegraba al hogar. Jugar con el perro y el gato. Escuchar con deleite el cantar del canario. Ambición candorosa del pequeño niño, cuya genialidad tronchó su infancia.

PAPA LEOPOLDO PRESENTE Y AUSENTE EN LA VIDA DE SU HIJO

Amaba entrañablemente a su hijo. La luz de su genio le encgueció. Su

tacto y conocimientos de músico, fueron los mejores guías en la formación del talento. No se excedió en exigirle estudios. Todo lo contrario. Jamás hizo odioso el aprendizaje. Mas, severo se mantuvo en la disciplina requerida por el arte. No halagó a su hijo con hipóbole desmedida. Procuraba hablarle de música, siempre que se refiriera a la de otros no a la compuesta por Wolfgang Amadeo. Poseía innata penetración psicológica. Conclusiones y prácticas en este aspecto, ignoradas en su época.

Para hacer triunfar a su hijo, no escatimó sacrificios. Planeó con sagacidad de empresario, las numerosas jiras por Europa. Los fracasos en todo momento se debieron, al concepto que en la época se tenía de la música y de los músicos. El mismo confiesa que gastó una verdadera fortuna. Pretendía mantener un rango y elegancia, muy distante a la reservada a los músicos. Estos, en aquellos tiempos, considerados parte de la servidumbre de la nobleza.

Abrumado por la genialidad de Wolfgang Amadeo, olvidó que era un niño como cualquier otro. Irresponsable, le sometió a una vida de trabajo constante. De viajes penosos, en una época en que el viajar significaba empresa heroica. Le desarraigó de su mundo infantil. Para alternar en el ambiente de intrigas de licenciosos cortesanos, el pequeño músico agudizó con precocidad sus facultades intelectuales. Las alucinaciones y el encanto de la infancia, desterrados de su luminosa vida, implacablemente.

ALEGRIA DIVINA DE SER MUSICO

"El niño Wolfgang Amadeo Mozart,

que aún no tiene 7 años, tocará el clave o el clavecímbo. Tocaré también un concierto para violín y acompañaré sinfonías en el clave con el teclado cubierto por un paño, con mayor facilidad que si viera las teclas; dirá instantáneamente el nombre de las notas de las teclas tocadas a distancia, sean notas sencillas, sean acordes, en el clave o en cualquier otro instrumento, cristal, campana o reloj. Finalmente improvisará en el clave o en el órgano por el tiempo que se quiera y en el tono que se le pida..." Así reza un programa de la época. Pero pronto Mozart empezó a despreciar esta prorección espectacular. Estimar, a los que comprendían su talento y su música. Sentía bullir en sí, la llama del creador. Y en los días de su niñez, a pesar del ajetreo de viajes, compone numerosas y perfectas obras. Juzgaba desde entonces su producción con serio espíritu analítico. Y sí, era generoso el juicio frente a la de los demás, sin dejar de ser exigente y extricto. La bondad, cualidad inherente. De aspecto triste, el carácter reflejaba sin embargo, un alma angelical, de alegrías interiores. Reía, con sano contagio. El ambiente burdo, el lenguaje vulgar de los músicos, no hicieron mella en el límpido cristal de su espíritu. Amaba con pasión Salzburgo, la ciudad que le vio hacer el 27 de Enero de 1756. De ella, los viajes le alejaron, en su infancia. Pero su recuerdo es y será siempre sagrado en su ciudad natal. Presencia de gloria, de vida ejemplar. Eterno y humano mensaje inigualable. Circundado por el destello azul, de astro inesperado.



Leopold, Mozart padre.